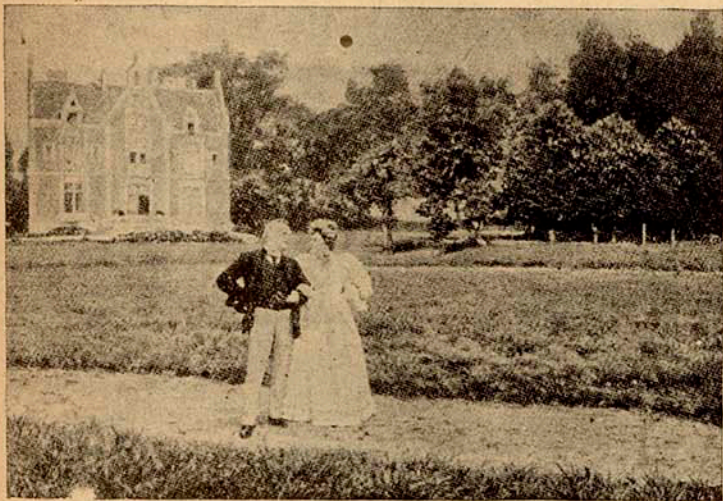
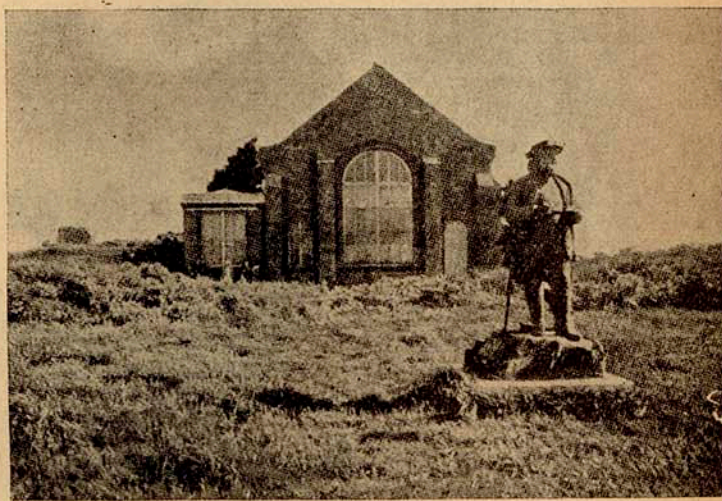


# Contribución al Estudio del Cinema



Coquelin recitando a la señora de Edmundo Rostand los bellos versos de "Chantecler". La escena se desarrolla en el parque de una de las villas que habitó el aristocrático poeta.



El taller del pintor Cazin, en donde Coquelin estudió su rol en "Chantecler". La figura que aparece en primer término es la estatua del pintor Cazin.

Un grave problema metafísico.—El sonido y el silencio universales.—La retórica en el teatro.—Todavía "Chantecler".—Vamos hacia el silencio o hacia el sonido?—Saludo a Einstein.—Un elemento esencial del arte mudo.—El sincronismo en el cinema.—El eterno adulterio en el teatro francés.

(Especial para MUNDIAL)

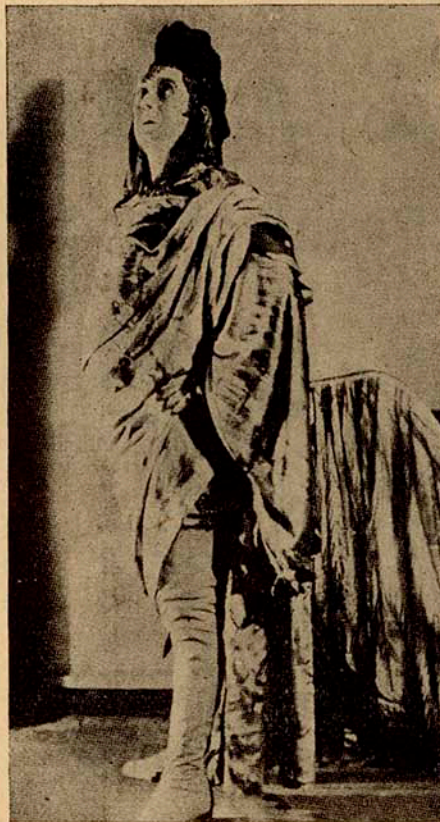
París, oviembre de 1927.

Todavía en París se aplaude la retórica. Todavía Edmond Rostand obtiene para "Chantecler" la ovación de hace veinte años y los cantos del gallo de su fábula todavía suscitan en los ojos de las novias la humedad consabida. Cuando Víctor Francen, del Teatro Saint-Martin, con su lujoso plumaje ajiseco y su aguerrida cresta de cartón, sube al bardal y canta: Cocoricó! Cocoricó!,—los balcones todavía crujen y el público responde con sus grandes aplausos de serie.

Los actores lo saben: un monólogo bien



La actriz Mme. Cassive en el rol de "La Pintada" del poema escénico de Rostand "Chantecler", reprisado en París.



Mr. Francen en el papel de "Chantecler" la obra que un día llenó de estrépito el mundo teatral.

timbrado basta a sostener una pieza en el affiche durante un año. El gasto teatral lo hace todavía la retórica, por medio de la prosodia de la frase o por la del sentimiento. Por que si Francen triunfa, rompiéndose la lengua, Ivons Printemps triunfa hiperbolizando, por la milésima vez, la tonante emoción de la adúltera. Aquella es la retórica del verbo; ésta es la del sistema nervioso.

Sin embargo, nadie podrá negar que estamos en 1927 y que las condiciones acústicas, externas o internas, de la vida, difieren de aquellas de hace un cuarto de siglo, en que se produjo "Chantecler". Habrá aumentado, acaso, el ruido, desde 1905 a esta parte? Habrá disminuído? Hay más ruido en el universo o menos que hace veinte años? Pero, hé aquí que me parece haber preguntado mucho. Casi le he dado al señor Einstein en las orejas con tamaña interrogación, que, sin darme cuenta exacta, me ha salido tan grande! No. Lo

que yo quería saber es solamente si la vida se hace, con el tiempo, más ruidosa o más silenciosa. Los materialistas responderán que la vida marcha hacia el silencio, los espiritualistas, hacia la apoteosis del Verbo inmortal y los del centro sostendrán que el sonido existe en una cantidad constante en el universo y que lo que cambia es la proporción en que éste se mezcla o alterna con el silencio, según el tiempo y el espacio.

"Sea de ello lo que fuere,—comenta M. Jean Renouard;— lo cierto es que, en una época en que el ruido impera despóticamente en el mundo y en que nuestros nervios están sometidos a la algazara mortal de todos los motores, el silencio, perseguido por el progreso moderno, se ha refugiado en las salas obscuras del cinema. Por una reacción, talvez inconciente, la multitud se precipita en estos tranquilos oasis, donde nuestros nervios se distienden y donde el ensueño puede por un momento tomar su vuelo..."



Mlle. Corciade interpretando a "La Faisana", otro de los deliciosos personajes de "Chantecler".



EDMOND ROSTAND  
Autor de "Chantecler".

La tesis de la constante de sonido universal, de esta manera, se refuerza y se comprueba casi plenamente. Si la vida moderna ha inventado tanta máquina ensordecedora, con todas sus consecuencias resonantes, nos ha dado, en desquite, el cinema, donde reina el silencio. El sonido ha aumentado en la calle, pero ha disminuído en las salas de cinema. Más categóricamente: el ruido existe en la misma cantidad que hace veinte años o más.

Y, cuando M. Jean Renouard y yo nos íbamos a desquitarse de "Chantecler", viendo, en el silencio de una sala de cinema, la película "Ben-Hur", zas! se produce un ruido endiablado, de trompetas, cascabeles, aclamaciones y choques de carros... Es la orquesta. Vemos en el écran un soberbio desfile imperial de la Roma antigua y la orquesta acompaña el espectáculo, prestándole expresión sonora. Es el sincronismo de imágenes y ruidos...

M. Jean Renouard y yo abandonamos la sala.

—Adónde iremos esta noche en busca de silencio?

—Al planeta Venus! Puesto que todo el ruido universal parece haber invadido la Tierra en nuestros días. Hasta el cinema, llamado con tan buena voluntad, el arte mudo, resulta un foco de estrépito insufrible. Se olvida que la música debe ser excluída radicalmente del cinema y que uno de los elementos esenciales del séptimo arte es el silencio absoluto.



M. MAURICE LEHMANN  
Director del Teatro Saint Martin,

César VALLEJO.

## La Crisis del Amor

matando a Murat. Es el siglo de la revolución francesa trasplando al siglo de la guerra europea del cine y de los deportes. Una reproducción casi exacta.

A mi entender solo ha variado la decoración tal como en un teatro las bambalinas y bastidores para transformar la escena pero siguen actuando los mismos actores.

Porque si la mujer ha logrado colocarse en situación favorable para su sexo y se le respeta en el trabajo como la amiga y camarada del hombre en la ardúa lucha, no por eso pierde su feminidad, la exquisita y amable feminidad que no debe perder mujer alguna, que ha de cuidar como flor preciosa y fragante de vivos colores y encendidos matices, ese sello característico del sexo que sabe salir triunfante en las lides e imponer su voluntad con un gesto y un gracioso mohín omnipotente. Tan censurable sería no hallarlo como encontrar un hombre débil y con tendencias andróginas.

No puedo resistir la frase aquella, ya de clisé: "el Amor ha muerto". Tan triste como decir: ¡el campo ha perdido sus verdes, la fuente ha callado sus murmullos y la brisa ha perdido su frescor! Necesidad del espíritu en cualquier vicisitud. El místico se enciende en arrobamiento al Ser Supremo y se transporta al empíreo en pos de un refugio grato y seguro para su cansancio del ardúo vivir. El niño comprende el amor en los besos y caricias de la madre y su pequeñez le hace buscar el abrigo del seno como un solaz para sus infantiles penas. El hombre al terminar cada jornada, con la boca amarga a ceniza y las mejillas curtidas de sol, apetece el amparo de

la mujer que tiene una frase de consuelo a flor de labios y un rayo de alegría en las pupilas alucinadas. Y la mujercita buena y dulce, compañera del hombre, se postra con este ante el altar del Amor y juntos le entonan un himno, un himno que se hace carne y carne fresca, tierna y suave, carne del niño que grita en las entrañas—campo ubérrimo,— carne que palpita ante el corazón, carne que sabe a mieles en los labios resecos por la cicuta. Porque la mujer ni el hombre puede dejar paso a los sentidos y festejar la carne que ahita asquea y se envejece.

Al libertino precoz que hizo madurar su juventud en el relajamiento de los instintos y se entregó al placer con la avidez del sediento hasta apurar la gota final: al deportista moderno que le place el campo de basse-ball y el box y la gimnasia y shotear el balón,—antítesis del anterior,— a todos, gusta en el momento espléndido y psicológico, incógnito hasta entonces, sentir el corazón como un arpa que vibra con los sonos extraños de música desconocida y rara y dejan vagar la imaginación que recorre los campos del ensueño recogiendo en un minuto la verdadera alegría del Amor y alcanzando el perdón de todos los pecados en un verdadero acto de contricción.

Este milagro está sintetizado en las sacramentales frases de Cristo al perdonar a la bella de Magdala: solo porque supo amar mucho y darse por entera al amor.

Cursi, desde luego, el romanticismo exagerado. Y cursi porque todo lo que se exagera es así. Los poetas plaúderos en su misma época, me supongo, serían de lo más intolerables. Ahora, cada una de esas coplas son un llanto de chicos majaderos y de una impertinencia enfermiza. Antes de haber dicho una sola frase de galantería siquiera a la niña de los motivos, ya la injurian y lloran y le achacan todas sus calamidades y desgracias. Y ver llorar a un hombre adversidades ficticias y sinsabores ignotos buscados por gusto es de una chabacanería de muy mal gusto.

Pero el Amor sano, jovial, fuerte, canto de esperanza de alegría y de vida es, a mi entender, la única canción formidable que saben las aves, los torrentes, los mares y Dios.

De esta manera está y queda sincerado el Amor. Su reinado no ha muerto. Se mantiene incólume. Ha perdido solo el aspecto propio de una época, pero su esencia es exactamente la misma. Sin escalas de seda, sin damas que miren tras celosías y aceros y que se desnuden en querrela, yo he sentido el amor de todas las épocas, como lo sintieron Marco Antonio, Armando Duval y Cristo enlaados entre sí:

Carlos ESPINOZA.

Ha pasado una ola de sangre. Todos los días han registrado los diarios una nueva crónica roja. Dos... tres... crímenes pasionales que vienen a alterar la monotonía cotidiana y a despertar la morbosidad de ciertos temperamentos sugestionables. Tal vez una hiperestesia del sistema nervioso a consecuencia del cambio brusco de estación!... ¡Tal vez... ¡Me inclino a creer que es un desmentido a quienes aseguran que lo sentimental y lo romántico ha muerto. Casi un reto al desamor. Porque aunque el crimen es una exacerbación del espíritu, no deja de ser, también, un grito agudo de amor hecho pasión, hecho delirio y hecho tragedia. El amor que toma un tinte rojo sobre la palidez mate y enferma del vulgar amorcillo de balcón y de plazuela a la hora del crepúsculo.

El hombre y la mujer que matan, son la protesta agresiva del amor febril y vehemente ante los que trafican con su nombre, de los que sufren la hipertrofia de los nervios y la mengua de la emoción. Y me inclino a creer que es el romanticismo pretérito lanzando un alucinante reflejo a travez de los tiempos.

Pese al cambio natural de las costumbres el Amor sigue siendo el mismo niño jugueteón y travieso de siempre. Su carga todavía contiene muchos venablos. Su infancia es perpetua como el tiempo. El plumón de sus alas se bate libre a la caricia de los vientos. Su locura de hoy—siglo de los deportes de las extravagancias y del dólar— es la misma locura de antes. Cleopatra y Magdalena se dieron un abrazo: Madame Pompadour y Francesca Bertini son eslabón de enlace de siglo a siglo, de época a época. De Dulcinea, la tierra enamorada del caballero manchego, a la romántica italiana que se suicida porque el amante no la puede llevar a New York, casi no hay distancias.

Y Cupido ventruado, gira sus pupilas en las cuencas de sus órbitas enormes bizqueando a quienes lo motejan de cursi y pasado de moda. Su boca toma forma geométrica de burla y ríe a caquinos.

La "machona" de Víctor Margaritte es consecuencia solo de un momento, de rebeldía quizá, no hay sinceridad porque tanto desenfado, tanto sensualismo apaga el espíritu y maltrata las carnes y pone flácidos los miembros. Pero tampoco he creído en las "Mujeres Fuertes" de Marcel Prevost. Sobre todo en su Federica, mujer todo nervio y todo cerebro. Ahí el corazón no funciona, hay una cavidad vacía en el torax. Y, también, una mentira en los labios. En la otra se refleja solo un momento, un trance, nada más. A decir verdad, ambas son falsas.

Miss Gibson atacando a balazos a Mussolini es una reproducción de Carlota Corday

## Relojitos

de verdadero arte en PLATINO con brillantes, en ORO, PLATA y NICKEL. Joyería falsa y legítima.

## Relojería Suiza

HIGUERA 251 (GIRON CUZCO)

TELEFONO 3730